

January 2017

El tutor de investigaciones a nivel posgradual

Rodolfo Alberto López Díaz

Universidad de La Salle, Bogotá, ralopez@unisalle.edu.co

Jorge Augusto Coronado Padilla

Universidad de La Salle, Bogotá, jcoronado@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

López Díaz, R. A., y J.A. Coronado Padilla (2017). El tutor de investigaciones a nivel posgradual. Revista de la Universidad de La Salle, (72), 215-238.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

El tutor de investigaciones a nivel posgradual



Rodolfo Alberto López Díaz*
Jorge Augusto Coronado Padilla**

■ Resumen

El presente documento, aunque tiene un solo eje temático, la *labor del tutor de investigaciones a nivel de posgrado*, está escrito en tres momentos o tonos. La parte II se desprende de la parte I y esta hace de texto matriz o soporte básico de aquella. En esta parte del texto se hallarán, pues, dos tipologías que se pueden leer en conjunto, cascada o de manera independiente, pero que las aproxima una sola intención: proveer al tutor que inicia sus labores de investigación en posgrados de algunas ideas y pautas para su labor. En la parte III, en un tono un tanto académico y un tanto burlesco, se realizan planteamientos sobre las ideas expuestas en las cartas de las dos primeras partes del documento. En

* Docente investigador de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle; pregrado en Estudios Literarios, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia; especialista en Lengua Escrita, Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia; especialista en Docencia y Producción Intelectual, Universidad del Rosario, Bogotá, Colombia; magíster en Educación, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Miembro de la red internacional Clasco, grupo Formación Docente y Pensamiento Crítico. Correo electrónico: ralopez@unisalle.edu.co

** Docente asociado de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle; ingeniero en Máquinas Electrónicas Computadoras y magíster en Ciencias de la Ingeniería del Instituto Politécnico de Kharkov, Ucrania; magíster en Docencia de la Universidad de La Salle; especialista en Informática para la Gestión Educativa de la Universidad Autónoma de Colombia; especialista en Análisis de Datos de la Universidad de La Salle; miembro de la Red Iberoamericana de Pedagogía. Correo electrónico: jcoronado@unisalle.edu.co

conjunto, se caracteriza al tutor de investigaciones a nivel posgradual como una figura atípica y determinante en el acompañamiento de los estudiantes de formación avanzada.

Palabras clave: tutor de investigaciones posgradual, mentor, condiciones del tutorado, proceso tutorial, enfermedades del tutor.

Parte I. Cartas a un nuevo tutor

Carta primera. Ser tutor es enseñar a pensar

Apreciado colega:

Una decisión de vida nos hace cómplices. Desde distintos lugares y circunstancias, finalmente, aquí estamos. Los dos frente a un grupo de estudiantes de posgrado que, algo desconfiados, algo temerosos, mucho de ansiosos y recelosos al extremo, escuchan nuestras palabras, observan con obsesivo detalle nuestros gestos y ropas y monologan en puntos suspensivos. Sí: optamos por una labor que finalmente no se ve, por un ejercicio que es vocación, arte, artesanía y profesión, pero que especialmente en los días que corren, y como diría Ordine, es una bella y necesaria inutilidad. Posiblemente a la par del hacer poesía, el formar a otros venga a constituirse en una labor impenitente que en realidad pocos resaltan pero de la que todos han bebido. Ahora que lo pienso bien, el escultor y el tutor se asemejan: hacen escultura del barro, creen en lo mejor de la condición humana y retan cotidianamente a las lógicas del beneficio. Uno y otro son cultivadores y centinelas de sueños. Uno y otro someten la materia dada al reino de lo posible.

Pero toda esta apología del educador —cómo no hacerla si vivimos de esto, y a veces por y para esto— reposa para el caso de nuestra herencia, creo, en una figura constelar a la que Jaeguer llamó *el fenómeno pedagógico más formidable de la historia occidental*. Hablo de Sócrates, quien consagró su vida a la formación del pensamiento crítico-ético en los jóvenes atenienses y de las personas con

las que se topaba, más allá de las formalidades y tiempos de la academia. Su cotidianidad testimonió que la mayor virtud (posibilidad de excelencia) de un educador es llegar a ser tutor, pues este, más que cualquier otro (docente, catedrático, investigador, consultor, asesor, conferencista...) se da a los otros, su acción educadora es testimonio vivo, vocación, práctica continua en la que se compromete de manera íntegra al cultivo de la alteridad. Lo suyo es, siguiendo las enseñanzas de Sócrates, precisamente, una actividad intencionada para pensar, dar de pensar y enseñar a pensar, bajo el supuesto de que no sabemos nada y que el conocimiento inicia en el reconocimiento de la ignorancia y que solo esta —o la conciencia de esta— prepara la travesía que culmina en la sabiduría. Por ello, debo confesarlo a usted, la piedra fundante del trabajo de tutor es el principio socrático de la autorreflexión (*una vida que no es examinada no vale la pena ser vivida*) y de la reflexión dialogada que, por medio de preguntas-respuestas-contrapreguntas, lleva a constituir el conocimiento.

Pero aún más, Sócrates nos legó el método del tutor: la discusión entre la exhortación (*protreptikós*) y la indagación (*elencos*), en un movimiento claramente inductivo que culminó con una *paideia griega* siempre en referencia al contexto para hallar claves y fisuras en la vida vivida, aunque también en franca —y desafortunada para él— oposición a los sofistas. Ah, siempre en nuestra profesión, cómplice colega, rondan los sofistas, solo que hoy los llamamos *gerentes educativos*...

Pero tal ejercicio del pensamiento, ese ir y venir en preguntas y argumentos, evidencias y contraevidencias, compromete la totalidad intelectual y ética del tutor y de sus alumnos (*alumno* en el sentido de quien desea ser alimentado, nutrido). Lo puedo decir en otros términos: la *paideia* socrática fue una epistemología para decirse a sí mismo (ética), para decir con otros (política) y para decir la trascendencia (alteridad). El *logos* (pensamiento-lenguaje) del tutor, su rigor intelectual, su precisión argumentativa, la sagacidad para encontrar vínculos cotidianos y a partir de ellos inteligir procesos cada más universales y sistemáticos, convoca un trabajo exigente en la relación cognitiva con los aprendices. Tutoriar, desde esta óptica y por inferencia, viene a ser un estado crítico —esto es, alerta cotidiana, sospecha sostenida— y argumentativo

—proposición razonada desde evidencias— permanente, comprometido y retador para tutor y tutoriado. Por ello, posiblemente, Platón refiere que su maestro repetía con frecuencia:

Jamás, mientras viva, dejaré de filosofar, de exhortaros y de instruir a todo el que encuentre, diciéndole según mi modo habitual: Querido amigo, eres un ateniense, un ciudadano de la mayor y más famosa ciudad del mundo por su sabiduría y su poder, y ¿no te avergüenzas de velar por tu fortuna y por tu constante incremento, por tu prestigio y por tu honor, sin que en cambio te preocupes para nada por conocer el bien y la verdad ni de hacer que tu alma sea lo mejor posible?

Estimado colega, este credo educativo, volcado hacia la *areté* o excelencia humana (autonomía intelectual y responsabilidad ética) a través de la *frónesis* (sabiduría práctica) y la *aletheia* (desocultamiento de lo escondido), configurará el primer modelo de formación intelectual en Occidente. Tal mayéutica educativa será la arquitectura fundacional de la subjetividad, el pensamiento crítico, la ciudadanía y la labor tutorial occidentales. Desde allí viene gran parte de lo que somos y hacemos a diario... ¿Qué tal? Lástima: nuestros olvidos y afanes nos alejan de las herencias.

El tutor, con Sócrates, cuida pero interpela, anima aunque demanda, alaba pero evalúa. Siempre está *ahí* (acto clave de este ejercicio pedagógico), velando lo que dice, lo que dice el otro y receloso de los argumentos propios y ajenos. Es *la piedra en el zapato* del acto educativo y todo ello porque tuturar es tener voz propia, propio lugar de enunciación y desde este enseñar estrategias de observación, análisis y creación al discípulo. Sin afanes pero siempre sobre el camino hablando, monologando, dialogando, debatiendo... Nada satisface al buen tutor; a cada pregunta surge la nueva pregunta; ante la evidencia, los supuestos que la alimentan, frente al hallazgo la incertidumbre, cara a los logros la demanda de repensarlos y, por supuesto, a cada escritura, una reescritura. Bien lo sabía el viejo Sócrates: vivir es someterse a examen y examinar el mundo de la vida, lo que para el caso que nos ocupa vendría a ser que investigar es someter lo investigado a una cirugía con escalpelo: fina y cortante.

Esa arquitectura cognitiva sobre la cual se funda el proceso formativo, apreciado colega, continuará su marcha a lo largo de los siglos y épocas, marcando una condición transversal en el proceso particular del tutor de investigaciones: se enseña a pensar pensando y se enseña a pensar llevando inductivamente al otro hasta que piense con claridad, rigor y sustento por sí mismo.

Ahora bien, los excesos de esta virtud intelectual del tutor son dos: una, que los tutoriados terminen pensando como piensa el tutor, es decir, que no piensen por ellos mismos, y dos, que los tutoriados sigan pensando como pensaban antes del proceso investigativo —y no porque lo hayan hecho mal antes, sino porque el pensamiento investigativo es dinámico y riguroso: hoy no pienso *igual* a como pensaba ayer; cada idea, cada párrafo, se puede pensar aún mejor.

Carta segunda. De ciertas condiciones del tutor

Apreciado colega:

Si recuerda, en la primera carta le comentaba mis ideas sobre cómo desde Sócrates se perfila la concepción del tutor. Permítame, en esta segunda misiva, hablar de las condiciones e implicaciones que de aquel filósofo y educador griego se suceden para los que hacemos tutorías en los niveles de educación superior. Sócrates nos heredó, al menos desde mi particular mirada, seis condiciones que permiten cristalizar mejor este oficio, arte, artesanía, vocación, testimonio o profesión (usted elegirá cuál de esas lo define como tutor).

La primera de ella es la *intersubjetividad crítica*. Algo así como que ser tutor es pasar de la supremacía egóica de mi conocimiento (propia de la cátedra o de los sistemas heteroestructurantes, dirían los expertos en modelos pedagógicos) o de su extremo opuesto (“el estudiante ya todo lo sabe”; “él construye el conocimiento”, propio de las apuestas pedagógicas autoestructurantes, seguirán afirmando los expertos) a una relación en tensión marcada por las ideas, los compromisos y las producciones académicas en doble vía. Esta relación acota que cada quien se trae con su historia personal, pero que a la vez se hace con el otro. Es una narrativa a varias voces, sin olvidar que la voz cantante debe ser

la del tutor. Intersubjetividad asumida como un proceso continuo e interminable de autoformación, de autopoiesis mediada por otro. Claro, nadie se hace solo, pero en los procesos tutoriales esto es más que evidente e indispensable; por ello las nociones de alteridad, respeto y acuerdo vendrán a cobrar toda la importancia. El tutor pone la apuesta (ese es su riesgo), el tutoriado la sigue (ese es su riesgo), uno y otro discuten, uno y otro se interpelan, uno y otro crean algo común. Pueda servir el “trabajo de parto compartido” como analogía para explicar esta condición socrática de la tutoría.

A la segunda la llamo (de manera un poco rimbombante, lo sé) *implicación ético-intelectual*. Pero esto es algo muy sencillo. Como lo esbozaba en la carta anterior, el tutor debe tener un proyecto intelectual propio (ser experto, investigador, se dirá hoy), tener un discurso personal y una escritura (s) de ese testimonio académico y a la vez una postura ética, un ethos, un criterio sobre el cual gobierna su vida y que le sirve de trazo y brújula para guiar a los otros. Un tutor es un acto de adultez, como quien dice. Para guiar se deben tener algunos derroteros claros, unos principios que dirigen la propia vida personal y profesional y desde ellos brindar el consejo, la palabra y la guía a otros.

Por lo anterior, precisamente, es que ser tutor exige ante todo una labor con uno mismo. Intelectual en primer término: reconocer las fortalezas y debilidades en la propia formación, qué se domina, en qué temáticas y métodos se es más docto, cuáles son las perspectivas categoriales desde donde se comprende la investigación y hacer recaudo rutinario de la propia experticia investigativa. Ser un lector empedernido y, por supuesto, tener oficio en la escritura académica. Algo así como que reconocer cuáles son mis más cercanas virtudes intelectuales (teóricas y prácticas), dentro de las cuales, creo yo, la frónesis o prudencia y la ciencia o conocimiento disciplinar desempeñan un papel determinante.

Pero a la par de lo intelectual viene una segunda piel del tutor: su capacidad ética. Qué proyecto de vida me vincula con la investigación que llevo a cabo, qué criterios de vida personal me definen y cómo pongo en juego las relaciones interpersonales en el ámbito académico. Por ejemplo, cómo sorteo los con-

flictos que surgen repetidamente entre los tutoriados, cómo ser magnánimo en lo que debo serlo o cómo desaprobado y mandar de nuevo a repetir un documento deficiente, en un ambiente cálido, enmarcado por el respeto y la motivación. En esto, posiblemente, la justicia, la amabilidad, la veracidad y una buena cuota de prudente humor sean banquetes más que indispensables para llevar a cabo, con éxito y en buenos términos, un largo y agotador proceso de acompañamiento investigativo de dos o más años.

Una tercera característica del conocimiento en Sócrates que en lo personal me gusta mucho para el caso de las tutorías, apreciado colega, es la del método por *argumentación inductiva*. Enseñar a aprender. Es decir, no tanto partir de grandes sistemas, teorías, autores o supuestos como iniciar desde las más particulares y personales búsquedas, desde situaciones y detalles aparentemente minúsculos y desde ellos, progresivamente, ir tejiendo preguntas y discursos, hasta que el mismo tutoriado pueda establecer ciertos universales. Creo que, en esencia, investigar es aprender a pensar y hacer algo metódicamente, y un tutor, aquel que brinda posibilidades para que el otro pueda pensar y hacer con claridad y criterio por sí mismo. Tal vez por esto —no sé si usted comparta mi opinión— es que tantas de tantas veces los estudiantes llegan a la sustentación “final” de su trabajo sin haberlo comprendido, sin haberse empoderado —disculpe el anglicismo— de ella, sin haber pensado lo que se investigó.

Una más y breve, para no abusar de su generosidad lectora: *caminar al lado del otro*. Esto es posiblemente de lo más íntimo y de la mayor entraña de quien hace tutorías: formar para la autonomía desde una cierta complicidad cotidiana simbolizada en el camino que dos recorren (no olvidemos el pasaje evangélico del *caminante de Emaús*, donde el Maestro siempre está allí, al lado de los discípulos). Se parte de la propia voz y experiencia —la necesaria heteronomía con la que debe iniciar un tutor— para ir desplegando la voz del otro. Dar las bases, los cimientos y la raíz para que los tutoriados dibujen su propio cielo. De lo más pétreo y terrenal o lo más etéreo, leve y vaporoso. Un tutor, digámoslo de una buena vez, es alguien que sabe que es indispensable solo por un momento, solo en un breve lapso del recorrido. Todo tutor entiende en su fuero interno que trabaja para dejar de ser indispensable.

Valgan otros ejemplos del caminar al lado del otro como ruta didáctica del tutor. Mentor, quien educa a Telémaco, hijo de Odiseo; Virgilo y Dante, Lorenzo de Médici y Miguel Ángel, Juan Bautista y el conjunto de maestros de las escuelas cristianas en la Francia el siglo XVII o el maestro de Emilio, de Rousseau, entre otros. Mejor dicho, lo que pretendo decirle es que si bien los contextos difieren, la figura del tutor se erige por antonomasia como guía, caminando al lado del tutorado. Y aunque los anteriores y otros más han sido muestras de este “caminar con”, veo en el Sócrates de Platón las huellas fundantes, el camino a Damasco que nos perfiló el oficio de tutor y al que ayer y hoy acudimos para sopesar la naturaleza profunda de nuestra trayectoria.

Una quinta enseñanza del querido Sócrates para quien es tutor: *amar con algo de moral*. Sí. Entiendo que suena contradictorio esto, pues bien mirada la cosa, quien AMA —así, en mayúsculas— sobrepone su amor a las normas sociales; quien ama en esencia es cómplice. El amor es el mayor de los delitos del afecto, si no, querido colega, pregúntele a quien es padre o madre. *Por un hijo* —dicen— *se hace lo que sea*. ¿Entonces? Pues nada, amar es romper los límites de lo aceptado y de lo inaceptable; el amor profundo y total es inmoral. Cuidado: no dije amoral.

Bueno, para no irme del asunto que nos convoca, pienso que un tutor hace las veces, más o menos, de Padre, Amigo o Hermano mayor, sustituto y temporal, pero eso sí con límites, por tanto, no llega a ser un amor total; no es un amor inmoral pero podríamos llamarlo un *tímido amor*, un sincero apego. El tutor ama o se pega —bueno, a veces, porque a veces si acaso soporta— con cierta prudencia, crea vínculos cercanos sin sobrepasar lo académico y crea un cierto y extraño *contrato de prestación de servicios intelectuales y emocionales*, pero al que debe —de lo contrario perderá el año—, fijarle condiciones, tiempos y productos académicos. Por eso, el proceso de tutoriar implica saber dirigir y darle lindes a las emociones y los afectos; ni tan demasiado cerca ni tan demasiado lejos.

La última condición legada por Sócrates y con ella cerrar esta misiva: la virtud de la *Persistencia*. Viene a ser forjar el carácter para cumplir con las metas trazadas; no desistir hasta llegar a buen puerto (informe final editado). Pese a que tendremos tempestades y Poseidón no estará precisamente de nuestro lado,

la idea es mantener las velas siempre desplegadas. Volver al proyecto inicial, de nuevo dialogar con aquel grupo terco, retomar la pregunta problema o los objetivos y revisarlos, releer ese documento directriz como si nunca lo hubiéramos hecho, animar a los cansados y, ante todo, darnos ánimo a nosotros mismos. En la educación esta virtud es particularmente necesaria, entonces se trata de dominar la voluntad, de subyugar el cansancio, de buscar nuevos aires en un texto o experiencia pues quien educa siempre trabaja al servicio de otro, quien educa se debe a un grupo que siempre espera aliento y guía renovados.

Colega tutor, mejor dicho: ser tutor es una cierta forma de excelencia educativa que nace de una pregunta o un problema de investigación y navega por mares y territorios desconocidos llevando a cuestras una tripulación que nunca se debe abandonar.

Carta tercera. Los cantos de sirena

Apreciado colega y amigo:

Ya esta tercera carta, querido colega y amigo —¿ya lo puedo llamar amigo?— nos ha dado un cierto grado de proximidad, una tímida “complicidad académica”. Por eso en las líneas que siguen le seré más sincero todavía y hablaré desde mi personal experiencia. Hablaré de los cantos de sirena que acosan a todo tutor. A propósito, le recomiendo un cuadro hermoso que con frecuencia —especialmente en momentos de cansancio, incertidumbre o exceso de sesiones de tutoría (¿le suena esto último?)— observo y observo para aliviar y alivianar la mente y el espíritu: el *Ángelus* de Millet. Esta maravillosa obra de arte nos invita siempre al silencio, a la meditación, al recogimiento, a la pareja, a labrar y dar las gracias por el día y el pan recibido, pero también nos enseña la quietud del espíritu y el receso de la mirada. Entre más nos asfixian las presiones y demandas externas, más deberemos ir a Millet, especialmente hoy en día, cuando el hombre se ahoga en medio de tareas, *mails* y reuniones, por no hablar de los afanes y asaltos continuos de los tutoriados.

En fin: los cantos de sirena, como nos lo muestra una sugestiva pintura del inglés Draper, son esas tentaciones y obstáculos —muchas veces bellos y tentadores,

bajo figuras de Calipso— que nos alejan de lo que en esencia somos y queremos ser. Y las sirenas sí que existen en esto de la vida académica y del proceso tutorial. Me permito confesar algunas que a mí me asaltan:

Una. *Las idealizaciones*. La vida de la universidad vive muy tentada por la República platónica: ideas que no encajan en la cotidianidad, mucha teoría y poco *mundo de la vida*. En la naturaleza académica gobierna, y es apenas entendible, el rigor intelectual y por ello es que muchas veces caemos en idealizaciones, en marcos de referencia perfectamente geométricos, en modélicas esferas discursivas pero que muchas veces van de espaldas al día a día. Para no ir tan lejos, querido amigo y colega: las dos cartas anteriores que le he escrito son idealizaciones, el *deber-ser* de lo que es un tutor y una tutoría pero que un jueves de seis a nueve de la noche (por dar un ejemplo) posiblemente no sean tan reales. A eso me refiero con esta sirena. Y no es caer en el activismo sin norte o en el fetichismo a lo inmediato, sino lograr sopesar la teoría y la rutina para encontrar el *justo medio*, la precisa sabiduría o *frónesis* en esto de tutoriar.

Otra: *los excesos democráticos*. Por querer ser “más humano”, un “convencido demócrata” o un “docente de avanzada y hasta posmoderno facilitador del aprendizaje”, puede darse el caso que lleguemos a exagerar la participación y las decisiones de los tutoriados, pero como bien decía Aristóteles, *el exceso de democracia se torna en anarquía*. Entonces, debemos cuidarnos de ceder nuestra experticia y conocimiento; nada ni nadie nos substituye —bueno, depende de lo que diga el jefe—; reconocer la experiencia y voz de los tutoriados es justo, pero sin caer en relativismos, sinuosidades o en negociar —como ocurre con frecuencia en nuestra nación— algunos principios que son sagrados. Entonces, la labor tutorial es de los acuerdos, del respeto a las diferencias pero, igualmente, de responsabilidades y límites que traza, amablemente, el tutor. Muchas veces legamos a otro el poder (como control) porque no queremos ejercer nuestro propio poder (como capacidad).

Una tercera sirena: los *derrotismos*. Pasa y acontece que son tantas las ocupaciones, demandas, responsabilidades y dificultades que surgen en el proceso

tutorial, que los tutores caemos en el derrotismo. Nos parece que el mundo es un túnel sin luz al final y que los tutoriados, por más que hagamos y hagamos, no avanzan, no entienden, no asumen sus tareas académicas. Entonces somos como Atlas: el mundo a nuestras espaldas y siempre rodando todo cuesta abajo. Además, confesarlo a un colega será exponerse a desnudar nuestra humana debilidad —obvio, a él le ocurre lo mismo y tampoco lo confiesa— y socializarlo en el grupo de tutoriados puede generar alarmas y entrar en un raptó colectivo de locura y desesperanza. Pero nos sucede, y por ello, creo, es que no debemos perder la esperanza; un tutor debe estar siempre situado en la perspectiva de la posibilidad; siempre avistar el faro y como el Ulises de Draper, mirar al horizonte, sin detenerse. Al final —y todos lo sabemos— las cosas se dan y las que no son más la excepción que la norma.

Cuarta: el *paternalismo*. Y esta sirena sí que es tentadora. A veces, por aquello de sentirnos más en la vocación que en la profesión, nos postulamos como caudillos, salvadores y padres que dan a sus hijos e hijas su incondicional afecto, tiempo, dedicación y hasta olvido de sus errores. Entonces queremos hacer solo lo que ellos quieren hacer y terminamos perdiendo la geografía de los afectos y las responsabilidades.

Un ejemplo común de esta sirena. Las jornadas de socialización, en las cuales queremos hasta hablar por ellos, estar allí —abrazarlos, consentirlos, mimarlos...— y si les va “como regular” nos entra la molestia —¿rabia?— hacia los colegas que desnudaron las falencias de nuestros amados retoños. Entonces nos volvemos excesivamente protectores y perdemos de vista un principio de la vida del tutor: los preparamos para que se defiendan solos.

Otro ejemplo epónimo: *escribir por ellos*, que bien puede ser desesperada salida al derrotismo o ingenua aspiración del paternalismo. La escritura, Polifemo de nuestras instituciones educativas, aterra con solo nombrarla pues demanda hábito, disciplina, tiempo y conocimiento que, a los tutoriados les desespera, y a los tutores, nos desvela. Pero sí es un hecho, apreciado amigo y colega, que no debemos escribir por ellos. Que sí debemos revisar, sugerir y volver a

revisar (el papel nuestro aquí es ser editores), pero esa responsabilidad y producto compete solo a nuestros aprendices de investigadores.

Una última sirena que con su suave arrullo, con su melódica y escondida voz nos incomoda y preocupa: *los conceptos que emiten los colegas jurados* sobre las producciones investigativas de nuestros tutoriados. Por aquello de las cercanías, los vínculos y el obvio amor propio, nos alarma sobre medida qué evalúan y qué califican —o descalifican— otros docentes de lo que tantas y tantas noches en vela nos ha costado llegar a formalizar con los magísteres. Pero en buena lógica, es necesaria la mirada de los otros, sus criterios y juicios bien nos sirven para fortalecer la investigación. No podemos ni debemos rechazar tales perspectivas aunque, y vuelve el justo medio aristotélico, será menester ponerlas en su adecuado lugar: ver de ellas qué es pertinente y qué no, aunque hacerlo con cuidado frente a los estudiantes para no entrar en el juego de los amores y los odios.

No podemos desconocer estas y otras sirenas más, estimado colega y amigo. Pero, sobre todo, debemos entender que es nuestro juicio y el macroproyecto los que deben estar, siempre, como faro y guía en la travesía.

Carta cuarta. Fraternidad en la esperanza

Apreciado colega, amigo, hermano:

Si logró llegar al final de la tercera epístola sin desmayos, permítame felicitarlo y agradecerle. Felicitarlo por su disciplina y agradecerle su generosidad para conmigo. Y para no abusar de ello, cerraré con unas pocas líneas.

Creo que en medio de un mundo cada vez más pragmático, consumista, utilitario y volcado a las vitrinas y centros comerciales como símbolos de su arquitectura moral, el dedicarse a ser *tutor* es un privilegio y una bondad de espíritu e inteligencia. Definitivamente, si algo se puede transformar, mejorar en la educación, es apostarle a procesos de trabajo como los que a diario hace el tutor. A quienes lo somos, nos acoge una suerte de fraternidad en la esperanza, esto es, una secreta hermandad para un mejor mundo posible. Por tanto, no debemos

desfallecer. A riesgo de parecer ingenuo, sí creo que la tutoría es un credo de fe en lo humano. Todo se opone a ella: las mismas instituciones educativas, las demandas de tiempo, los excesos laborales (especialmente los nuestros, que cada vez más agobiantes), la impaciencia e incertidumbre de los propios tutoriados, los sofistas de la educación y los sanedrines del conocimiento y la investigación. Pero aun así se trata de persistir, de no olvidar la figura tutelar de Sócrates.

Gracias de nuevo y desde este tiempo y lugar le deseo siempre lo mejor en sus tutorías.

Parte II. Un cuadro síntesis

Apreciado colega:

Fruto de las anteriores cartas, he puesto en cuadro algunos aspectos del proceso tutorial. En la primera columna enuncio aquellos campos o ejes categoriales en los que se puede dividir la labor del tutor; en la segunda, aspectos que suelen ser dificultades potenciales, y en la tercera columna, ciertas ideas o pistas para no sucumbir ante aquellas dificultades.

Categorías	Dificultades	Algunas consejos que pueden minimizar las dificultades
I. Respecto al proyecto de investigación	I.1. No tener claro el horizonte. Esto es, un proyecto de investigación que no nos es cercano o por el cual no sentimos interés profesional. O bien, un proyecto de investigación que no ha sido elaborado por nosotros y no lo conocemos en detalle.	Releer el proyecto de investigación. Apropiárselo. Leer oralmente con todo el grupo el proyecto de investigación al inicio de cada semestre, y posteriormente que cada grupo de trabajo determine los niveles de coherencia, cercanía o distancia con él.
	I.2. Perder el horizonte. Es decir, dejar que los grupos o ciertas temáticas se impongan sin estar en relación directa con el proyecto de investigación.	Volver siempre al proyecto de investigación. Releer la pregunta problema y objetivos, muy especialmente. Preguntar ocasional e informalmente a diferentes estudiantes el nombre del proyecto de investigación así como las metas generales de investigación para esa cohorte o grupo.

Continúa

1. Respecto al proyecto de investigación	1.3. Aceptar todas las propuestas. Por aquello de las presiones de grupo o de tiempo, se aceptan temáticas sin mediar claridad en su aprobación.	Seleccionar las investigaciones según el proyecto de investigación, procurando equilibrar los intereses personales y formación académica individual. Al inicio del primer semestre, es importante dar unas tres sesiones para que se conozcan y hagan unas primeras propuestas de grupos que después solo el tutor definirá.
	1.4. Sobredimensionar la investigación. Darle una perspectiva mayor a los alcances posibles y reales del proyecto de investigación.	Situar la investigación frente al tiempo real disponible, los recursos y las condiciones de los tutoriados.
	1.5. Minimizar la investigación. Considerar que la investigación tiene un alcance muy limitado (por ejemplo, en una sola institución educativa).	Brindarle un alcance mayor a la investigación; por ejemplo, que busque impactar a varias instituciones educativas, una localidad o región cercana.
2. Respecto al acompañamiento	2.1. Partir de supuestos. Ya sean positivos o negativos, siempre tenemos una idea o imaginario de los grupos y las personas que determinan en buena parte nuestras decisiones pedagógicas.	Es aconsejable iniciar en primer semestre con un diagnóstico de hábitos, niveles de lectura y de escritura y, sobre los resultados que arroje tal valoración, trazar unas acciones básicas o, de manera individual, un programa paralelo de trabajo sobre las dificultades más recurrentes. Otro aspecto que puede ayudar a minimizar esta dificultad, es siempre hacer acompañamiento cercano y mediante actas escritas y firmadas, llevar registro de metas y acciones realizadas por un estudiante o grupo.
	2.2. Escuchar sin dialogar. Tipo de actitud en que aun cuando tenemos encuentros y conversaciones con los estudiantes, de fondo no escuchamos o tendemos a desconocer las propuestas de ellos, bajo el entendido que solo nosotros, los tutores, tenemos razón. Es, en el fondo, un diálogo disfrazado de monólogo. Y claro, puede darse en sentido inverso: los estudiantes desoyen nuestras propuestas o directrices.	Escuchar atentamente las ideas, propuestas o sugerencias de los estudiantes, siempre puestas en perspectivas del trabajo de investigación. Validar las ideas y experiencias del tutoriado. Cotejar ideas y experiencias de tutoriados con las propias y con el proyecto de investigación y establecer acuerdos.

2. Respeto al acompañamiento	2.3 Ser solo mediador-animador. Significa asumir una postura muy pasiva por parte del tutor; dejar que el rumbo de la investigación lo sitúen los tutoriados, o limitarse a brindar un acompañamiento tangencial.	Tener criterio y discurso propio y darlos a los tutoriados. Determinar el rumbo de la investigación y vigilar con celo que por exceso o defecto la investigación no se desvíe de los derroteros marcados en el proyecto de investigación.
	2.4 Enciclopedismo. Asumir el proceso tutorial básicamente como clase magistral o, si se quiere, enfatizar el acompañamiento a los tutores desde exposiciones muy temáticas por parte del tutor.	Equilibrar cátedra y diálogo; teoría y práctica; deber-ser y el-mejor-posible-ser, aunque la clave del proceso tutorial en investigaciones de posgrado está en hacer más tutorías que clases magistrales.
	2.5 Paternalismo. Ocurre cuando el docente excede el acompañamiento a los tutoriados y les resta autonomía.	Tomar cierta distancia. Soltar en el momento oportuno. Guiar sin ahogar. Entender que se acompaña ante todo en el proceso, pero que las producciones son responsabilidad de los tutoriados.
	2.6. Subvalorar la inteligencia emocional. Sea posiblemente esta una de las claves de la labor docente y, en particular, del ejercicio tutorial. Se trata de lograr un ambiente amable y acogedor manteniendo los roles de docente y estudiante.	Ante todo, fijar ciertas condiciones y límites del proceso tutorial pero manteniendo el diálogo. Centrarse en la relación académica sin perder de vista ni la cortesía ni la exigencia.
3. Respeto a las producciones de los tutoriados	3.1. Empobrecerlas. Contentarse con lo mínimo que den los tutoriados, bajo el supuesto de que son docentes muy ocupados o que hace muchos años no estudian o que el rigor de la investigación no es para todos.	Tener criterios de valoración claros y exigentes, entregarlos al inicio de cada semestre y hacer las revisiones y recomendaciones a las producciones sobre tales criterios de manera oportuna.
	3.2. Aceptarlas sin mayores reparos. Ya sea por exceso de demandas laborales, fatiga académica o emocional o cumplimiento de cronogramas institucionales, se puede dar el hecho de aprobar productos que no tienen el nivel de calidad requerido.	Elaborar portafolios virtuales y físicos de las producciones de los tutoriados y vía mail enviar recomendaciones. Sobre las producciones, hacer metacogniciones continuas. Siempre llevar anotaciones o cuadros de las entregas y las fechas en que se aprueben.

Continúa

	<p>3.3. Escribir por ellos. Esta condición es particularmente tentadora en los tutores, dado el bajo nivel de producción escrita de la mayoría de los tutoriados; entonces se opta por escribir por ellos o por corregir repetidamente los mismos errores sin que los estudiantes logren conciencia de ellos.</p>	<p>Entregar textos modelos: de un proyecto de investigación, de antecedentes, del marco teórico, del análisis de información, etc. Y dedicar un tiempo a trabajarlos con ellos y a que identifiquen su lógica de composición. Revisar las escrituras y hacer comentarios puntuales de manera personal. Finalmente, se trata de que el tutor asuma más el rol de editor que de coautor. Es aconsejable que sobre el cierre del proceso, el informe final de investigación pase por las manos de un corrector experto.</p>
4. Respecto a las propias producciones	<p>4.1. No dejar escrituras propias. O lo que es lo mismo, asumir la labor de tutor como una obligación ajena a los propios intereses investigativos.</p>	<p>Buscar conexiones del proyecto de investigación con los intereses investigativos propios. Al menos dejar una escritura propia en cada semestre.</p>
	<p>4.2. Disociar tutoría de investigación propia. Con esta dificultad se quiere acotar que un tutor marca un límite mental entre lo propio y lo que hacen los estudiantes; que la investigación es de ellos y no me comprometo de fondo conmigo mismo.</p>	<p>Buscar ejes problémicos comunes entre el proyecto de investigación y la investigación propia. Al menos, servirse de ciertas lecturas e investigaciones halladas por los tutoriados para encontrar vínculos con la propia producción.</p>
5. Respecto a las socializaciones	<p>5.1. Sumarse a la crisis "postsocialización". Ocurre cuando el tutor es parte del desconcierto o expresa abiertamente insatisfacción luego de una socialización.</p>	<p>Mantener la perspectiva y el horizonte final desde el proyecto de investigación. No decir a los tutoriados todo lo que se piensa sobre el concepto que emitieron los colegas jurados, entre otras razones, porque los estudiantes se irán, pero los compañeros de trabajo continuarán. Luego de la efervescencia de los estudiantes, hablar —por aparte— con cada grupo y revisar los comentarios emitidos por los jurados.</p>
	<p>5.2 Acoger todas las recomendaciones. Es otro exceso: esta vez se refiere a decir sí a todo lo que dijeron los jurados.</p>	<p>Con cada grupo —por aparte— identificar cuáles recomendaciones de los jurados son las más pertinentes y trazar una fecha, no muy lejana, para que estas se realicen. Iniciar el semestre siguiente revisando las recomendaciones de los jurados del pasado semestre.</p>

Parte III. Respuesta a las cartas de un amigo

Apreciado amigo,

No recuerdo cuándo recibí mi última carta, pero sí recuerdo que corrían mis años de estudiante universitario y que fue mi padre quien me envió la última. Creo que he olvidado hasta cómo se escribe una. Hay cosas que uno no debería olvidar, pero los avatares de la vida nos van llevando por caminos sinuosos y hacia territorios desconocidos donde ciertas habilidades se van perdiendo, aunque, afortunadamente, otras nuevas se van desarrollando.

Hoy ha sido uno de esos días en los cuales uno tiene que vivir momentos inesperados que te dejan en un estado de catalepsia y no te permiten reaccionar sino después de un cierto tiempo. Recibir tu carta, después de tantos años, ha sido para mí una gran sorpresa, más, cuando había dado por perdido nuestro contacto.

No sabes cuán sorprendido estuve al ver tu nombre, como remitente, en el sobre que me entregó el cartero y más, porque en estos días son la tecnología y los medios como el *whatsapp* y el *e-mail*, las formas preferidas para establecer una comunicación. Hoy por hoy, es raro recibir una carta.

Podrás imaginarte mi reacción. Sí. Creo que no pasó un minuto antes de que me sumergiera en la lectura de tu carta. Leídos los primeros párrafos me transporté, casi que de inmediato, a tiempos pasados en los cuales nuestras charlas, por este medio, eran la fuente de largas, profundas y apasionantes discusiones, además de ser formidables reflexiones sobre nuestras historias y vivencias como maestros. El solo leer el título de tu misiva ha hecho renacer el espíritu del debate que yacía adormecido en mi interior.

El tema del tutor, que planteas, es un buen inicio para retomar nuestras discusiones e intercambio de experiencias. Coincidentalmente, mi labor actual está repartida entre el quehacer habitual del maestro y la actividad de tutor en los posgrados. He llegado al desempeño como tutor, no por decisión propia, sino

por esos avatares de la vida académica, producto de las muchas funciones que debemos ejecutar en nuestro trabajo cotidiano. Tienes razón: aquellos tiempos en los cuales los docentes podíamos pasar tiempo en el ejercicio del pensamiento, de la reflexión, de la crítica y de la producción intelectual, se han ido. Es como si se hubiera cercenado una parte vital de la humanidad del docente.

Estoy de acuerdo contigo. Nada mejor que remitirse a la historia para escudriñar el origen del concepto de tutor y en particular a la griega, de donde ha surgido, según los escritos más antiguos, tal como lo propones. En lo personal, entiendo la labor del tutor en el sentido de “mentor”. Homero en la *Odissea* nos da señales claras acerca del origen del sentido de la tutoría y, no en vano, el héroe deja encomendado a su amigo Mentor, el cuidado de su hijo y sus bienes, por cerca de veinte años que duró su ausencia, producto de la guerra. El anciano Mentor encarna la sabiduría, la confianza, la experiencia, la madurez, el consejo, la enseñanza, la cordura, entre otros valores requeridos para ser digno ejecutor de las labores asignadas. Todas estas virtudes le dan a Mentor (léase ahora, *tutor*) una autoridad e influencia indiscutibles para asumir la responsabilidad de orientar y guiar al joven hijo de un gran guerrero y futuro heredero de su padre, Ulises, a través de los caminos de la vida.

Mentor no es la única figura que aparece en la vida de los héroes y el pueblo griego —de hecho, tú mencionas otros—. Estarás de acuerdo conmigo en el sentido de que todos aquellos se convierten en hombres, llegando a la madurez física e intelectual, gracias a la presencia constante de un “anciano” que no es otro que la encarnación del eterno acompañante que permanece a la sombra del “héroe tutelado”, cuidando de sus pasos, ayudándole a enfrentar cada una de sus vicisitudes, manteniéndose siempre a su lado, mostrándole la mejor manera de enfrentar sus problemas pero sin sustituirlo en su resolución, porque nadie, excepto uno mismo, puede construir su propio camino.

El tutor es la representación de la sabiduría, del pensamiento, del conocimiento y en consecuencia, del “saber hacer”. No se estudia para ser tutor. La vida nos lo enseña. Se aprende y se perfecciona en el ejercicio cotidiano como se aprende a caminar, a hablar o a montar en bicicleta. La intuición y el sentido

común, más unas dosis de riesgo e imaginación, contribuyen a forjar el espíritu y la habilidad del tutor. El verdadero tutor no busca protagonismo en el ejercicio de su labor. Pasa a ocupar, voluntariamente, una posición secundaria, cediendo, siempre, el protagonismo a su discípulo, sin dejar de invitarlo y a veces forzarlo, a actuar, a resolver los problemas mediante la acción, de manera autónoma, libre, responsable y creativa.

El tutor no solo es sujeto de responsabilidades intelectuales, ejerce, sin ostentarla, la más alta responsabilidad espiritual, porque orienta y enseña con la honradez moral consistente en el escrupuloso respeto por las normas de la justicia, de las relaciones maestro-discípulo y la honestidad intelectual que lleva al aprecio y reconocimiento de la verdad.

Ser tutor no es grado académico que se otorgue mediante resolución rectoral, tras discusión en un concejo o producto de exámenes o concursos. Es consenso espontáneo. No es función burocrática que se asigna.

El tutor conjuga la totalidad de su cultura y sus saberes. Es portador de las herencias culturales de una u otra generación. Expresa, con sus enseñanzas y sabios consejos, la continuidad de la historia humana, a desentrañar los laberintos de la vida, a conocer los desarrollos o descubrir los alcances de una disciplina.

Quisiera, además, ofrecerte para la discusión, querido amigo y colega, una definición de tutor a partir de lo expuesto anteriormente, ya que no la encuentro en tus cartas. Actualmente se ha dicho y escrito mucho al respecto, pero siento que todo eso se queda en el plano meramente académico, dejando de lado la originalidad del pensamiento y la esencia misma del concepto.

Me atrevería a expresar, a riesgo de la crítica implacable del mundo, que el "tutor" en su calidad de "mentor" debe entenderse como:

Aquel individuo que, con base en sus experiencias de vida y sabiduría adquiridas a lo largo de muchos años, logra establecer una relación personal y recíproca de confianza y apoyo mutuo, entre él y quien es aceptado como su discípulo para

desarrollar conjunta, responsable y libremente un proceso de orientación y guía del discípulo tutelado hacia el aprendizaje por descubrimiento y el desarrollo de su pensamiento, actitudes, aptitudes y valores, como condición sine qua non para su incorporación exitosa, al mundo de la vida.

El tutor comparte con su aprendiz/tutoreado/tutelado/discípulo/mentoreado no solo su conocimiento, sino también sus vivencias, muchas veces, las más personales, para fomentar en él, la autoconfianza, el autorreconocimiento, la autorrealización, la autonomía, estimular su creatividad y potenciar su capacidad de maravillarse ante el mundo, verlo tal y como es, con todas sus bondades y maldades, maravillas y horrores, imaginarios y realidades.

Considero, querido amigo, que si bien planteas algunas condiciones interesantes del tutor en su faceta de académico, es necesario mencionar las que creo lo definen como persona, confidente, amigo y "mentor". Tengo la convicción de que la labor exitosa del tutor debe estar orientada, no solo a enseñar un conocimiento, sino también, a desarrollar en su discípulo la capacidad de aprender:

- *A pensar reflexiva y críticamente*, para vivir una vida fundamentada y razonada, para que pueda resolver los problemas personales y de su mundo, articular un discurso propio, desarrollar su capacidad de asombro y lograr su autonomía como sujeto moral e intelectual.
- *A ser persona*, para que construya su identidad personal, adquiera conciencia de sí mismo y de los demás, pueda desempeñarse, espontáneamente, en un ambiente familiar, escolar y social.
- *A convivir*, para integrarse a la sociedad, comunicarse, cooperar, ser solidario, respetar las reglas y contribuir al bienestar de su comunidad.
- *A aprender*, para que comprenda el mundo y su realidad, intervenga en él, lo transforme y lo mejore, sea capaz de reordenar y de autorregular, de manera permanente, su saber.
- *A decidir*, para facilitarle la toma de decisiones, liderar procesos y guiar a sus congéneres cuando la vida se lo encomiende, hacia la libertad, el amor y una vida plena en justicia y bienestar.

Y no podría terminar y enviarte esta carta sin comentarte algo con respecto a los “cantos de sirena” que, según tu tercera carta, acosan al tutor. Yo preferiría hablar, parodiando a Stephen Abrahamson, profesor de la Escuela de Medicina de la Universidad de California, no de las “enfermedades del currículo”, como él las llama, sino de las “patologías del tutor”, como me gustaría a mí denominarlas.

La primera patología que aqueja al tutor moderno y al mismo tiempo la más frecuente y terrible, es la *tutorioesclerosis*. Consiste en un endurecimiento de la capacidad de adaptación al cambio, una afectación continua de su habilidad para razonar y aceptar nuevas realidades y la manifestación de una actitud persistente por mantenerse, anquilosado, en ese estado, pese a las evidencias que le muestran otras verdades y otros caminos. Esta enfermedad es producida por la creencia de que los años en el ejercicio docente le proporcionan al tutor el conocimiento y la experiencia suficientes para tener la verdad absoluta y definitiva de la realidad que lo circunda. La cura se logra a partir de terapias de razonamiento intensivo y cursos profilácticos desarrollados por expertos. En caso de no obtenerse resultados, habrá que someter al paciente a una terapia de choque consistente en enfrentarlo a la nueva y cruda realidad, so pena de tener que desligarlo de su zona de confort.

Otra de las enfermedades que deben ser tratadas con cuidado es el *carcinoma tutorialis*. Indetectable en las primeras etapas del ejercicio de la tutoría, pero que comienza a manifestarse cuando el paciente comienza a darse cuenta de su incapacidad para enfrentar situaciones reales planteadas por su discípulo, o se ve, indefectiblemente, confrontado en sus ideas, por este. Los principales síntomas son: comportamientos manifiestos de superioridad, evasión frecuente de la realidad y creación de situaciones irreales para justificar la inasistencia a las tutorías. Está demostrado que la causa frecuente de esta enfermedad está en la inexperiencia del personaje, en la falta de formación disciplinar y pedagógica o por una marcada irresponsabilidad y falta de profesionalismo del enfermo. Debe tratarse inmediatamente se evidencie la sintomatología, pues puede derivar en una afección crónica aguda.

Una enfermedad de la cual adolecen muchos tutores, actualmente, es la *tutorarthritis*. Es una patología que afecta las articulaciones entre el currículo, la gestión académica y las responsabilidades del tutor. Es una dolencia que obstruye los canales de comunicación, afecta las relaciones interpersonales entre tutor y aprendiz y perjudica el comportamiento de la gestión y planeación curricular en las facultades. Se manifiesta porque los tutores aducen desconocer las políticas, las reglas y las actividades programadas por la facultad. Argumentan, frecuentemente, que debido a los cruces surgidos en sus propias programaciones, se ven obligados a cancelar las tutorías previstas y no a reprogramarlas, sin importarles los efectos secundarios en sus aprendices. Se sabe, por investigaciones de campo, llevadas a cabo en muchos centros clínico-educativos, que esta enfermedad es altamente contagiosa y que hace falta especialistas para su curación.

La cuarta enfermedad que se conoce y que es de reciente descubrimiento, es la *inflamatis spiritus academicus*. Tal vez has oído hablar de esta, más que de las otras, pues es muy tropical y se da, sobre todo, en la región colombiana. Se sabe que es específica de los individuos que tienen o mantienen una relación temporal o permanente con la academia. Ataca principalmente a los docentes sin importar su procedencia, cargo, nivel de funciones, antigüedad o estrato. El agente patógeno que genera la enfermedad se conoce como *studius postgradualis* y se clasifica en dos categorías, a cual más de peligrosas: a) el microbio conocido como *studios magisterum* y b) la bacteria denominada *studios doctoratus*, que es menos frecuente pero la más contagiosa. Se ha detectado que su nivel de afectación crece en la medida en que el contagio se produce fuera del país. La enfermedad posee síntomas similares a los de las anteriores patologías por lo que, fácilmente, se puede confundir con alguna de ellas. Sin embargo, los síntomas característicos que permiten identificar con claridad esta enfermedad son: cambios intempestivos en el lenguaje del paciente evidenciados por el incremento excesivo en el adorno de la prosa, actitudes extrañas al caminar, adopción de posturas un tanto displicentes, prepotentes o despectivas en presencia de grupos. También se vuelven selectivos con quienes deben mantener comunicación y relacionarse. Las fiebres de las que son víctimas los llevan a crear imaginarios donde su personalidad es el centro del universo conocido.

Los expertos creen, basados en estadísticas recientes, que esta enfermedad, si no se controla, puede derivar en *epidemia*.

Una patología considerada de naturaleza benigna es la llamada *hipertrofia de la tutoría*. Hasta donde sé, es una enfermedad extendida a lo largo de todos los niveles del sistema posgradual, aunque hay evidencias que también ocurre en el sistema pregradual y aún en el sistema escolar básico y medio. Consiste en que, como consecuencia del avance de la ciencia y la explosión del conocimiento, se incorpora en el plan de trabajo de los aprendices volúmenes extremos de saber, bajo la premisa de que es imprescindible para el aprendizaje. El tutor, "olvida", cada vez con mayor frecuencia, que el estudiante debe asumir distintas responsabilidades simultáneamente, ejecutar variedad de tareas y responder a diversidad de compromisos, asumiendo que la condición de aprendiz le otorga al joven disponibilidad de tiempo ilimitada, una condición de "cuerpo glorioso" y, por lo tanto, una resistencia física inagotable al trabajo. Por este y otras señales y síntomas, la enfermedad es confundida a menudo con el *Alzheimer degenerativo*.

Una última enfermedad conocida que afecta a este tipo de poblaciones es la *tutoritis idiopática*. Se trata también, en este caso, de un malestar generalizado, manifestado por la sensación de que todo anda bien, de que la acción tutorial es efectiva, cuando en realidad no es así. Los malestares suelen manifestarse en los tutores de mayor experiencia y edad. La patología suele caracterizarse por la insatisfacción que se expresa abiertamente de tener que atender, en tutoría, a jóvenes aprendices, locuaces, incumplidos e inconformes. Parece que el disparador lo constituye la actitud de cuestionamiento insidioso y permanente, que manifiesta el aprendiz en la tutoría, ocasionado por sus dudas, lagunas conceptuales o intereses marcados en conocer más de lo que se le ha enseñado. La curación de esta enfermedad se logra a partir de pequeñas dosis de paciencia, sencillez y humildad.

No quiero alarmarte, querido amigo, con mis "informes médicos" pero tengo la necesidad de advertirte que los reportes de los últimos meses, alertan sobre otras patologías que están afectando a los docentes, sobre todo a aquellos que

mantienen contacto con los estudiantes en ambientes tutoriales. No sé si recomendarte dejar esta actividad por un tiempo con la esperanza de que los virus desaparezcan y no nos afecten o invitarte para que sigamos, estoicamente, en la labor, confiando que no vayamos a ser contagiados y pronto se descubra una vacuna que nos pueda hacer inmunes.

Quisiera cerrar esta misiva, citando a nuestro mutuo referente, Sócrates, cuando, palabras más, palabras menos afirma que “la vida que carece de examen y no se repiensa, no es digna de ser vivida por el hombre”. En este sentido, él nos hace una invitación, que la creo muy pertinente, a realizar una autorreflexión constante sobre la manera en la que estamos llevando nuestra vida. Y si aplicamos esto a nuestra condición de tutores, tanto más sería válido el consejo. Pensar en cómo nos estamos relacionando con los demás (entiéndase, *aprendices*), con nosotros y con la vida misma, es condición ineludible de quienes laboramos en la Academia.

P. D. Si sabes de alguna vacuna efectiva contra las patologías mencionadas o los cantos de sirena que referiste, por favor difúndelo en internet o elabora una reseña, como las que acostumbras a escribir, para que sea publicada en la revista *Actualidades Pedagógicas* de nuestra facultad. Este es un medio importante de difusión de las novedades y avances académicos e investigativos y además tiene circulación internacional.

Con gran aprecio y admiración, tu colega, amigo y hermano.

Bibliografía

- Jaeger, W. (1980). *Paideia*. México: Fondo de Cultura Económica.
Ordine, N. (2013). *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*. Barcelona: Acanalado.
Platón. (2005). *Apología de Sócrates*. Madrid: Akal.